

conjunto de creencias religiosas extremadamente rico que está disponible para resolver y constituir las más diversas urgencias y angustias. Es ése el horizonte que se pierde de vista en el asombro y en los razonamientos mecánicos. Y sobre esta base es que puede entenderse que lo que caracteriza el crecimiento de los grupos pentecostales es un trabajo muy especial: el que selecciona y reagrupa los elementos de la cultura religiosa tradicional en una combinación que, aun diferenciándose, acompaña la sensibilidad que esa cultura fue atesorando durante décadas.

"Lo que no vimos" es, en gran parte, lo que siendo accesible fue ignorado por una parte de la sociedad y por las ciencias sociales que pretendían objetividad pero proyectaban sobre el universo cultural popular sus ideologías, sus deseos, sus censuras. Durante mucho tiempo las ciencias sociales se plantearon interrogantes que remitían a la forma en que ese universo participaba de un mundo moderno que sólo parcial y conflictivamente integraba las diversas fracciones sociales y culturales subalternas. Categorías como marginalidad, apatía, pobreza, tradicionalismo, hablaban de los déficits de esos grupos para integrarse a una descripción que, sin saberlo, hacía parte del intento de construir una hegemonía. Preguntas tales como ¿son revolucionarios?, ¿son modernos?, ¿son democráticos? subyacían en esas categorías. Pero pocas veces se ha interrogado cuáles son las condiciones simbólicas desde las que esos grupos se confrontan con la experiencia urbana moderna, con las transformaciones que a lo largo de décadas ésta ha tenido y en la que crean sus propias hibridaciones. En el campo de los estudios sobre la cultura religiosa de los grupos populares esto fue más agudo aún, dado que religión y tradición constituían el prototipo del obstáculo, del pasado de las sociedades, con las que el proyecto de la sociología estaba enfrentado. Hasta la propia sociología originada en medios católicos no pudo dejar de efectuar una consideración paternalista de la religión popular al evaluar sus expresiones como incompletas respecto de la religiosidad modelo.

"Lo que no vimos" es lo que era excluido y censurado de manera tal que se obligaba a ocultarlo. En este trabajo hemos pasado de inquisidores iluministas al lugar de testigos. Y desde esa posición hemos tenido otra imagen: la de la enorme pregnancia de un tramado de creencias y representaciones a las que se creía perimidas y, también, la de un trasvasamiento del poder de producción de bienes religiosos. Eso, que estaba oculto pero no muerto, es lo que pesa en la forma como las personas, más que enfrentar la pobreza, la viven y la constituyen.

CULTURA POLÍTICA, DESTITUCIÓN SOCIAL Y CLIENTELISMO POLÍTICO EN BUENOS AIRES

Un estudio etnográfico*

Javier Auyero

Hace más de dos décadas, en lo que ya puede considerarse uno de los textos clásicos sobre clientelismo político, Scott (1977a) afirmaba que las relaciones entre patrones y clientes debían ser tomadas en serio y no podían ser desmerecidas como meros remanentes de viejas y obsoletas estructuras. Por el contrario, como forma de satisfacer necesidades básicas entre los pobres (tanto urbanos como rurales), las relaciones clientelares¹ debían ser analizadas como un "tipo de lazo social" que podía ser dominante en algunas circunstancias y marginal en otras. Luego de veinte años, uno de los observadores más perceptivos de las nuevas democracias latinoamericanas asegura que el clientelismo político continúa siendo una institución informal, bastante extendida en las nuevas poliarquías. Guillermo O'Donnell (1996) sugiere que los estudiosos de las democracias latinoamericanas deben liberarse de las ilusiones provocadas por una excesiva atención (una suerte de obsesión) hacia las organizaciones complejas y al-

* Una versión anterior de este trabajo fue publicada con el título "Desde el punto de vista del cliente", en *Apuntes de Investigación en Cultura y Política*, 2. Versiones preliminares fueron presentadas en el Seminario General de la Maestría de la Fundación Banco Patricios, la Universidad de General Sarmiento, la Universidad Di Tella y el posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Quiero agradecer a todos los participantes por sus comentarios y críticas. Agradezco además a Deborah Poole, Chuck Tilly, Lucas Rubínich, Ricardo Sidicaro, Elizabeth Jelin, Steve Levitsky y José Nun por la lectura crítica de borradores de este trabajo. Una beca del Social Science Research Council me permitió completar parte de la investigación sobre la que se basa este artículo.

1. El "clientelismo político" es entendido como el intercambio personalizado de favores, bienes y servicios por apoyo político y votos entre masas y elites.

tamente formalizadas. Reconociendo implícitamente que los modelos normativos pueden convertirse en importantes obstáculos epistemológicos para nuestra comprensión del funcionamiento de las democracias, este observador afirma que "la mayoría de los estudiosos de la democratización acuerdan en que muchas de las nuevas poliarquías están, a lo sumo, pobremente institucionalizadas. Pocas parecen haber institucionalizado algo más que elecciones, al menos en términos de lo que uno podría esperar si mira a las poliarquías más viejas. Pero las apariencias suelen ser engañosas, ya que pueden existir otras instituciones, si bien no las que muchos de nosotros preferiríamos o reconoceríamos fácilmente" (ídem: 37). Tal como Scott y Kerkvliet previeron, el clientelismo perdura como una institución extremadamente influyente, informal y -a veces- oculta, no destinada ni a desaparecer ni a permanecer en los márgenes de la sociedad, sea con la consolidación de regímenes democráticos, sea con el desarrollo económico.

Mucho antes de los sugerentes comentarios de O'Donnell, sociólogos y antropólogos han venido insistiendo en el carácter endémico y persistente de los arreglos clientelares en América latina. Esta noción ha sido usada -y abusada- para explicar tanto las razones por las cuales los pobres "seguirían" a líderes autoritarios, conservadores y/o populistas, así como las limitaciones de nuestras siempre frágiles democracias (véase, por ejemplo, Menéndez-Carrión, 1986; De la Torre, 1992, Stein, 1980). El clientelismo es entendido como una práctica política antidemocrática que, siendo uno de los pilares de la dominación oligárquica, refuerza y perpetúa el dominio de las elites políticas tradicionales, manteniéndose en el centro del comportamiento de los partidos políticos. Esta práctica es vista como una de las posibles relaciones entre los partidos y los grupos políticos organizados. En este caso, el análisis se centra en los esfuerzos realizados por los "grupos populares" para evitar los "mecanismos tradicionales de cooptación" (Cardoso, 1992: 92; Escobar, 1994). A su vez, el clientelismo político es examinado como una forma de atomización y fragmentación del electorado y de los "sectores populares", un análisis que no se aplica en los casos de "clientelismo colectivo" (Burgwald, 1996). Los lazos clientelares son también conceptualizados como opuestos a las redes horizontales de compromiso cívico que están en la base de una verdadera "comunidad cívica" y que, a su vez, hacen funcionar a la democracia.

Especialistas en política latinoamericana y estudiosos de los procesos políticos en la Argentina están familiarizados con las imágenes estereotipadas del "electorado clientelar cautivo" producidas

por los medios de comunicación,² o con las un tanto más sutiles descripciones literarias (véase, por ejemplo, la imagen de Braceritas en *Fin de fiesta* de Beatriz Guido, o del cacique mexicano en *Arrancame la vida* de Ángeles Mastretta). La política clientelar también ha sido objeto de comentario de sus activos participantes, en trabajos menos conocidos pero no por ello menos interesantes como *Cuentos del comité*, de Alcides Greca. Sin embargo, y más allá de esta merecida atención, el funcionamiento del clientelismo en su dinámica más elemental nos es desconocido en la Argentina. Nuestro entendimiento de esta relación "basada en la subordinación política a cambio de recompensas materiales" (Fox, 1994: 153) deriva más de la imaginación y el sentido común que de la investigación social.

Los testimonios sobre el funcionamiento del clientelismo son normalmente recogidos de los políticos de la oposición, de los periodistas o -en el mejor de los casos- de líderes de organizaciones barriales. Sólo esporádicamente se escucha a los así llamados "clientes", las razones que dan para explicar sus comportamientos (apoyar a este o a aquel referente, asistir a los actos, etc.), sus propios juicios acerca de lo que otros llaman (¿llamamos?) "prácticas antidemocráticas". Este trabajo propone una ruptura con este abordaje escolástico, externalista, al centrarse en las opiniones y evaluaciones de aquellos actores involucrados en los "intercambios clientelares", y se pregunta cómo la gente que recibe favores, bienes y servicios de parte de los referentes del Partido Justicialista -quienes, sin duda, intentan obtener sus votos- piensan y sienten sobre estos intercambios, evalúan las actividades de los referentes y la política en general.

El análisis de la perspectiva de los clientes está basado en historias de vida, entrevistas en profundidad y conversaciones informales realizadas durante un año (1996) de intenso trabajo de campo con los residentes de una villa que voy a llamar "Villa Paraíso". Villa Paraíso es un enclave de pobreza urbana ubicado en la ciudad de Cospito, en la parte sur del Conurbano Bonaerense.³ Es

2. Durante la campaña electoral de 1997, los líderes del Partido Justicialista fueron públicamente acusados de intercambiar favores por votos. En una entrevista con el entonces gobernador Eduardo Duhalde y su esposa, el periodista César Mascetti les preguntó en tono crítico sobre las "tácticas clientelares" de su partido. Creo que ésta fue la primera vez desde el retorno de la democracia que el clientelismo como tal fue objeto de discusiones públicas.

3. Una descripción etnográfica de la historia y el estado actual de este enclave de relegación puede encontrarse en mi "This is like the Bronx, isn't it? Lived Experiences of Marginality in an Argentine Slum", en *International Journal of Urban and Regional Research*, 1999, 23: 45-69.

una de la villas más viejas del Conurbano, y la más grande en términos de población (15.000 habitantes).⁴

En las elecciones presidenciales de mayo de 1995, cerca del 60% de la población de Villa Paraíso votó al candidato peronista. En las elecciones parlamentarias de 1997, fue uno de los pocos lugares en donde el peronismo no perdió su hegemonía. Buena parte de sus habitantes se autodefinen como peronistas, y han expresado esta definición en las sucesivas elecciones. El peronismo es la fuerza dominante en este territorio de relegación urbana, dando razón a quienes, como el cura local, me comentan: "Ésta es una villa muy peronista". O a aquellos que, como los funcionarios municipales, admiten: "Villa Paraíso es un bastión del peronismo".

El objetivo general de este trabajo es contribuir a una creciente literatura sobre las formas contemporáneas de clientelismo político (Gay, 1994; Burgwald, 1996; Escobar, 1994, 1997; Fox, 1994), y arrojar luz sobre la convergencia del peronismo con la política clientelar. Las unidades básicas serán consideradas como los lugares de esta convergencia, puesto que son su soporte organizacional más importante. Curiosamente, estas aparentemente insignificantes instituciones de la vida popular han sido sistemáticamente ignoradas en los estudios sobre el peronismo contemporáneo. La visión estrecha de la acción política que permea buena parte del análisis político en la Argentina ha ignorado esta esfera poco "espectacular" y muchas veces oculta. En realidad, ninguna de las investigaciones sobre el peronismo contemporáneo (o *menemismo*)⁵ está basada en un trabajo de campo en las áreas en donde este partido aún obtiene su mayor apoyo (donde viven los "pobres").⁶ Resultado de lo cual la mayoría de los estudios continúan dominados por la visión "desde arriba" que permeó mucho de los trabajos sobre las transiciones a la democracia. Dada esta orientación "estadocéntrica", no debería sorprender que la esfera de las formas clientelares cotidianas sea habitualmente ignorada.

La primera parte del artículo describe sumariamente la red de relaciones en la que están ubicados los "punteros"-referentes y los "clientes" del Partido Justicialista. Esta trama es una red de resolución de problemas en la que se pueden distinguir dos círculos: el íntimo de los seguidores más cercanos al puntero y el exterior de aquellos que tienen lazos intermitentes con los referentes pero-

4. Los nombres de personas y lugares han sido modificados.

5. Me refiero a Borón et al. (1995); Novaro y Palermo (1996); Sidicaro (1995).

6. A pesar de la creciente "volatilidad electoral" (Levitsky, 1997: 4), la mayoría de los pobres aún continúa votando por el peronismo.

nistas. En la segunda parte me voy a concentrar en: a) los diferentes puntos de vista que circulan dentro del barrio sobre la distribución de bienes antes de los actos políticos organizados por los punteros; b) las diferentes evaluaciones que la gente realiza sobre los referentes-punteros, y c) las distintas visiones sobre la política y el rol particular que ésta tuvo en la historia del barrio.

La imagen que emerge de esta segunda parte es la de un mundo social y culturalmente heterogéneo. Sin embargo, dentro de esta heterogeneidad hay conjuntos de actores que tienen similares visiones de la política y de algunos políticos, parecidas explicaciones sobre su participación en los actos organizados por los referentes y narrativas afines sobre la historia del barrio. Sin reducir la riqueza y la multiplicidad de estas visiones, la tercera parte se inspira en el modelo de la "polity" de Tilly (1978) y en la noción bourdieauca (1977) de "experiencia dóxica" para explicar el origen de estas diferentes evaluaciones y percepciones. Voy a examinar los círculos internos de seguidores de los referentes como "provincias de significado" (Schutz, 1964) que sostienen su propia "verdad social": una narrativa del barrio inextricablemente ligada a las acciones de los mediadores y un conjunto de representaciones culturales con relación a la política. En la última parte del artículo ofrezco una interpretación sobre el sentido que estos puntos de vista tienen con referencia al funcionamiento del clientelismo político.

LA RED DE RESOLUCIÓN DE PROBLEMAS: CLIENTES Y MEDIADORES

Juancito y yo "empezamos nuestra amistad hace más de doce años...", me dijo Nélide durante una fría mañana de invierno en Villa Paraíso. Juancito es el presidente de la unidad básica "Perón vive". Nélide me cuenta que Juancito "es tan bueno. Siempre te da una mano. Ahora estoy medicada, porque tuve una hemiplejía, y los remedios son tan caros... Yo no los puedo pagar, y él me ayuda, él consigue los remedios en la municipalidad... él me ayuda mucho, y cualquier cosa que pase en la unidad básica él me llama, porque yo colaboro en la unidad básica". Para ella, el político más importante de Villa Paraíso es Juancito, "acá, en esta cuadra, lo tenemos a Juancito", asegura Nélide.

"Siempre me doy una vuelta por la unidad básica de Matilde, para agradecer, o por nuestra amistad... ellos siempre me llaman, y yo voy", me cuenta Adela. Su hija obtuvo un puesto como empleada en la municipalidad a través de Matilde. Su marido consiguió el suyo como recolector de basura mediante una carta de re-

comendación de Ángel, marido de Matilde y subsecretario de Obras y Servicios Públicos de la Municipalidad de Cospito. Adela nunca se pierde un acto organizado por Matilde; ella tiene, dice, "que ser agradecida".

Adela y Nélica son lo que la literatura sobre clientelismo político denomina "clientes": agentes que dan apoyo político a un mediador-puntero o patrón a cambio de bienes, favores o servicios particulares. Descripciones que oscilan entre lo periodístico y lo académico también denominarían a Nélica y Adela como "clientes", pero en este caso el término estaría cargado con una connotación accesorio peyorativa. Ellas son las que asisten a los actos, apoyan a este o aquel dirigente político y —usualmente— votan por el peronismo, porque —al menos así es el relato— "reciben cosas" del partido: un trabajo, una medicina, una chapa para el techo, un par de zapatillas para sus hijos o hijas, un choripán el día del acto, etcétera.

Matilde y Juancito son lo que la literatura sobre clientelismo político denominaría "mediadores políticos", median entre un patrón —en este caso, Rolo Fontana, el intendente de la ciudad de Cospito— y algunos de sus seguidores. *Capituleros*, en el Perú de la década del 30 y el 40 (Stein, 1980), *cabo eleitoral* en el Brasil desde los 30 en adelante (Conniff, 1981; Mouzelis, 1985; Roniger, 1990; véase también Gay, 1994), *gestor, padrino político o cacique* en México en varios momentos de su historia moderna (Carlos y Anderson, 1981; Ugalde, 1973; Cornelius, 1973; Roniger, 1990), *precinct captains* en las máquinas políticas de Chicago y otras grandes ciudades norteamericanas (Kornblum, 1974; Guterbock, 1980; Katznelson, 1981; véase también Knoke, 1990), *caudillo barrial* en los partidos radical y conservador en la Argentina de los 20 y 30, *referente o puntero peronista* en la Argentina de los 90. A pesar de que hay significativas diferencias entre ellos, su función es esencialmente la misma: operan como mediadores, como "go-betweens".⁷ Intermedian entre sus *caudillos, chefes políticos, ward bosses* y los clientes.

En Villa Paraíso, como en tantos otros enclaves de pobreza urbana del Conurbano Bonaerense (véase Levitsky, 1997), una de las maneras de satisfacer las necesidades básicas de alimentación y salud de los pobres es a través del partido político con acceso directo a los recursos estatales (nacionales, provinciales y, en este caso, municipales): el Partido Justicialista. En barrios pobres,

7. Como me fuera sugerido por Robert Gay (comunicación personal), una diferencia importante entre los mediadores es que algunos de ellos están "ligados" a un partido político específico (o un patrón específico), como es el caso de los punteros peronistas. Como Gay demuestra (1990, 1994), la lealtad del *cabo eleitoral* respecto de un partido político específico es bastante menos sólida.

asentamientos y villas, las unidades básicas son los lugares más importantes en los que las primeras necesidades y los problemas más apremiantes pueden ser satisfechos. Estas unidades básicas dan una increíble fuerza organizacional al Partido Justicialista y son los lugares en donde encontramos a los mediadores, conocidos como *punteros* o *referentes*.

Usualmente, los mediadores hacen favores (distribuyen comida y medicamentos) a sus potenciales votantes, pero no están solos en la tarea. Tienen un "círculo íntimo" de seguidores. Éstos son los "satélites personales" del mediador, para hablar como Sahlins (1977: 222). La red de resolución de problemas consiste en una serie de círculos o ruedas de forma irregular, que pivotean alrededor del puntero-referente. Ésta está relacionada con los miembros de su "círculo íntimo" por medio de fuertes lazos de amistad duradera, de parentesco, real o ficticio. Tanto Matilde como Juancito —los referentes más poderosos de Villa Paraíso— tienen esta "red efectiva" a su alrededor, gente con la cual las interacciones son más intensas y regulares. Este "círculo íntimo" ayuda a los mediadores a resolver los problemas cotidianos de los habitantes de la villa: son los que manejan los comedores infantiles que funcionan en las unidades básicas, los que están encargados de abrir, cerrar, limpiar y mantener en orden el local, los que anuncian a los miembros de lo que podríamos llamar el "círculo externo" cuando el puntero está disponible en la unidad básica y los que "pasan la voz" cuando hay distribución de mercadería en la unidad básica o en la municipalidad.

El "círculo exterior" —los potenciales beneficiarios de las capacidades distributivas del mediador— está relacionado con los referentes por medio de "lazos débiles". Se contactan con él cuando surge algún problema o necesitan algún tipo de favor (un paquete de comida, un medicamento, una licencia de conducir, el camión de agua, un amigo preso, etc.), pero no desarrollan lazos de amistad o parentesco ficticio con los mediadores. A pesar de que pueden asistir a los actos o reuniones organizadas por los mediadores, o incluso votar por ellos/as en alguna elección interna, no tienen una relación íntima, diaria y cercana con él o ella. En otras palabras, *los lazos que vinculan a los mediadores con su "círculo íntimo" son densos e intensos; los lazos con el "círculo exterior" son más ocasionales e intermitentemente activados.*

La base para esta relación "fuerte" es múltiple. Aquellos que son parte del círculo íntimo conocen al mediador desde hace un buen tiempo (usualmente por más de cuatro o cinco años), y los referentes les han "dado una mano" en situaciones de extrema necesidad. Los referentes han "venido al rescate" sin segundas intenciones. Desde ese "favor fundacional", una relación de ayuda mu-

tua se ha desarrollado. Parafraseando al Durkheim de *La división del trabajo*, podríamos decir que los miembros del círculo íntimo están vinculados con el mediador "por medio de lazos que se extienden más allá del momento fugaz en el que se realiza la transacción". La "transacción fundacional" se convierte en lazo, y estos lazos se concatenarán en redes.

Dentro de la red peronista de resolución de problemas, los mediadores funcionan como guardabarreras, actuando como "go-betweens" entre el flujo de bienes y servicios provenientes del poder municipal y el flujo de apoyo y votos que proviene de los "clientes". Los recursos llegan desde la municipalidad a la unidad básica, donde los mediadores tienen poder discrecional para hacer lo que deseen. La información relativa a la distribución de alimentos en el edificio municipal también circula a través de las unidades básicas. Como me decía una "dueña" de una unidad básica: "Todos los meses, en las reuniones del partido, el intendente nos informa [a las 140 unidades básicas que usualmente asisten a la reunión] sobre el día en que van a dar comida... Nosotros les decimos a los vecinos".

Siendo miembros del Partido Justicialista, los mediadores tienen las conexiones que les permiten acceder al conocimiento sobre la distribución de recursos. Gozan de lo que los analistas de redes llaman "centralidad posicional". A pesar de que los vecinos, en general, saben que la municipalidad distribuye mercadería, ignoran el día preciso en el que se llevará a cabo la distribución. Es más, desconocen los siempre cambiantes procedimientos para obtener las bolsas de mercadería. Los mediadores saben el día, la hora y tienen los números sin los cuales los vecinos no pueden retirar las bolsas. Sea esta ignorancia "deliberadamente creada" o sea una ignorancia que "simplemente sucede" (Erickson, 1996), es bastante claro que los referentes peronistas tratan constantemente de convertirse en los (únicos) canales que facilitan las transacciones y el flujo de recursos (Gould y Fernández, 1989). Sea creada o no, lo cierto es que resulta estructuralmente inducida. En un contexto de desertificación organizativa (en donde pocas organizaciones barriales funcionan y los residentes están cada día más aislados entre sí), existen pocas redes a través de las cuales obtener información. Los referentes y sus círculos tienen, por contraste, acceso a una información útil y, la mayoría de las veces, vital. En la medida en que los habitantes de Villa Paraiso dependen del mediador para obtener información o recursos materiales, podemos decir que éstos gozan de "poder posicional" (Knoke, 1990: 10).

Estas funciones de "guardabarreras" y de "concentradores de la información" son compartidas por los diferentes tipos de mediadores que existen y existieron en distintos momentos históricos y

lugares geográficos. Los *precinct captains*, capituleros, *cabos electorales*, caudillos o punteros comparten estas funciones y ubicación estructural. "Un mediador político puede obstruir o facilitar el flujo de demandas, favores, bienes y servicios, desde o hacia un grupo" (Carlos y Anderson, 1981: 172-173).

EL PUNTO DE VISTA DEL CLIENTE

Parte de la "impasse clientelar" involucra una descripción bastante acertada del sistema de relaciones objetivas en las que están ubicados patrones, mediadores y clientes (redes, diadas, sets), de los "intercambios" que se llevan a cabo dentro de estas redes y de las funciones de los mediadores en ellas. A pesar de algunos abordajes centrados en los actores,⁸ un problema central de gran parte de la literatura es que nos brinda una inadecuada explicación de la dimensión subjetiva del clientelismo; esto es, se presta demasiada poca atención a las experiencias, evaluaciones, pensamientos enraizados en esas "relaciones objetivas". Como sugiere una buena parte de la literatura sobre el clientelismo político (aunque creo que explora de manera insuficiente), la distribución de bienes y servicios es un condición necesaria pero insuficiente para el funcionamiento del mundo clientelar. Dado que los intercambios son -utilizando una frase de E.P. Thompson- experiencias humanas vividas, el conjunto de creencias, presunciones, estilos, habilidades, repertorios y hábitos que acompañan a estos intercambios -explicándolos y clarificándolos, justificándolos y legitimándolos- es tan importante como el conjunto de los propios intercambios. A los efectos de examinar el clientelismo como una experiencia, entonces, hace faltar recuperar o, mejor dicho, *reconstruir* la perspectiva de los clientes.⁹

8. No quiero decir que estos abordajes sean subjetivistas. A falta de otra expresión más adecuada, utilizo "abordaje centrado en los actores" para referirme a los estudios sobre clientelismo que toman seriamente las percepciones que tienen los actores involucrados en los intercambios, y que consideran la influencia mutua entre la estructura de las redes de intercambio y las acciones -individuales y colectivas- de los actores (Burgwald, 1996; Gay, 1994).

9. El esfuerzo de reconstrucción que propongo coincide con el énfasis geertziano en la necesidad de estudiar los fenómenos sociales "desde el punto de vista de los actores". Lejos de ser una nueva versión de la "misión imposible" de "entrar en la cabeza de los actores", recuperar su punto de vista implica situarnos en la posición y en el conjunto de relaciones desde las cuales las prácticas, las evaluaciones y las creencias "clientelares" son construidas, e intentar entenderlas desde esta ubicación. A pesar de que creo importante recuperar el "punto de vista del cliente", comparto la

El mismo acto: distintas interpretaciones

"En nuestra cuadra", me contó Susana, "Matilde donó los caños para construir las cloacas. Pero no nos vino a decir: «Les doy esto, pero ustedes tienen que hacer esto otro, ir a tal lado, o votarme». Lo único que nos pidió es que quería venir a ver cómo quedaba una vez terminado". Susana vive frente a la escuela de Villa Paraíso. Esther, la directora de la escuela, tiene otra interpretación acerca de la instalación de la misma cloaca. Ella acuerda con Susana en que los caños fueron donados por Matilde, pero pone el acento en el aspecto de "intercambio" que tuvo la operación, al reproducir una frase que -Esther cree- Matilde presumiblemente les dijo a los beneficiarios de "sus caños": "Siempre que yo mande un colectivo a la esquina de su casa para que lo llenen [para un acto]... ustedes saben lo que tienen que hacer". Según la directora de la escuela, Matilde intercambia caños por asistencia a los actos. Para Susana, beneficiaria directa de las cloacas, los caños son una demostración -entre muchas- de lo mucho que Matilde es capaz de ayudar.

Actores que, como la directora de la escuela, no viven en la villa sino que sólo trabajan allí, son los únicos que utilizan la expresión "clientelismo político" para dar cuenta del intercambio de bienes y favores por exteriorizaciones de apoyo público. Un arquitecto de una organización no gubernamental, la directora de la escuela, una militante de un partido de centroizquierda (que vive en un barrio aledaño) son los únicos que se refieren a las prácticas políticas en el interior de la villa como prácticas que siguen una lógica clientelar. Utilizan la noción como: a) una acusación de las prácti-

crítica que se ha realizado sobre la supuestamente "empatética disección del punto de vista del nativo". Como sostiene Wacquant en su estudio del "punto de vista pugilístico", es debatible "si uno puede señalar un punto de vista singular, «genérico y nativo», como opuesto a un conjunto de visiones discrepantes, competitivas y conflictivas, dependiendo de la ubicación estructural dentro del mundo examinado" (Wacquant, 1995b: 491). Es también discutible si puede decirse que aquel que llamamos "nativo" tenga, "efectivamente, un «punto de vista», en lugar de ser uno con el universo del que participa -y por tanto vinculado a él en una relación de «complicidad ontológica» que impide una postura de espectador" (ibidem, el subrayado está en el original).

En lugar de realizar una recolección no relacional de las voces de los clientes (pobres), las secciones que siguen van a *reconstruir* las distintas vistas que se pueden tener desde las diferentes posiciones dentro de la red de resolución de problemas, y se procurará explicarlas anclando esas voces en el conjunto de relaciones que tienen lugar en el universo de resolución de problemas vía la mediación política personalizada. Como veremos, para algunos actores el punto de vista del espectador está proscrito, en tanto que participan de ese mundo en una relación dóxica.

cas manipuladoras de los punteros peronistas de la villa; b) como evidencia de la "inocencia" de los villeros, o c) como una manifestación de su persistente y tradicional "manera de hacer las cosas". Como me comenta la activista del Frepaso apenas comenzamos nuestra conversación: "¿Sabés? Nosotros estamos en contra del clientelismo político, de repartir comida para que la gente vaya a los actos...". Sin embargo, a pesar de ser los únicos que utilizan el término "clientelismo", no lo son en denunciar el "uso de las necesidades de la gente con fines políticos". Muchos vecinos de Villa Paraíso se refieren a los actos organizados por el Partido Justicialista como una palpable demostración de la manera en que los necesitados pueden ser "usados" por "políticos corruptos".

Muchos vecinos insisten en que los "punteros utilizan a la gente" para los actos, y que este "uso" actúa contra los intereses de los vecinos porque, como gráficamente me comentaba un residente, "no hay suficientes actos en el mes para alimentar a una familia". La asistencia a los actos es vista como una prueba de la inocencia de algunos o de la falta de desarrollo psicosocial ("¿Ves esos colectivos ahí en la esquina? Van a buscar gente para el acto... Yo no entiendo, la gente no crece más", afirma Toni, un habitante de muchos años de Villa Paraíso).

La mayoría de los vecinos saben la manera en que las unidades básicas organizan el día del acto, pero saben cosas diferentes (y, a veces, contradictorias). Para algunos, la organización del acto es una expresión, entre muchas, de lo dañina y sucia que es la política en la villa. En un pasaje que vale la pena citar en su extensión, Horacio -un peronista que solía asistir a los actos del partido- me comenta enojado:

¿Cómo vas a ir un acto, en donde hay cuatro, cinco damajuanas de vino y a tu mujer le tocan el culo? Y ves que están mamados y fumando el porrito... *El que está arriba y está organizando los actos es el que está con esto. Es el que le gusta agarrar cincuenta que andan fumando marihuana, y que toman vino y van y gritan como locos, y si se tienen que agarrar a trompadas se van a agarrar a trompadas. A mí no me van a venir a buscar, porque yo no voy a fumar porrito y a tomar, voy a ir a ver qué se puede sacar de positivo de lo que se dice. No a hacer quilombo. Yo quiero llevar veinte personas que sean sanas. Éste prefiere llevar cien porque le dan unas damajuanas de vino y porro para que fumen. solos no van. Toda la política es así....*

La distribución de marihuana y vino a la gente joven que asiste a los actos es un secreto a voces, algo que -me comenta Toni- "todo el mundo sabe". Este "secreto" tiene una dimensión doble y

polémica. Por un lado, sirve para expresar y alimentar uno de los antagonismos dominantes que recorre la villa: los jóvenes versus el resto. Los residentes más viejos recurrentemente apuntan a los jóvenes de la villa como origen de la delincuencia, la inseguridad y el peligro. El acto es otra oportunidad para señalarlos y hacerlos públicamente responsables por todo lo (malo) que sucede en la villa. Por otra parte, la asociación entre drogas, alcohol y política es una manera de condenar el accionar político de los punteros de la villa y de afirmar que "esta manera de hacer política" no tiene nada que ver con la manera que, según ellos entienden, las cosas deben ser. Como Toni resume:

Toni: -En la villa Matilde hace lo que quiere....

E.: -¿Qué quiere decir eso?

Toni: -Que llama a la gente siempre que hay un acto, usa a esos muchachos, que están vagueando por ahí, los lleva a pintar paredes, los usa para los actos, para tocar el bombo y cuando termina el día les da un paquete de comida o un porrito... Eso no tiene nada que ver con la justicia social.

La asistencia a los actos para demostrar apoyo a un candidato o un funcionario es probablemente la manifestación más cruda de lo que muchos denominan "política clientelar". Sin embargo, es su expresión más superficial. La asistencia expresa relaciones duraderas, persistentes y profundas entre quienes participan de esos actos: los detentadores de problemas (potenciales "clientes") y los "resolvedores" de problemas (punteros). La sección que sigue analizará esta manifestación más superficial desde la pregunta acerca de cómo es que aquellos que son señalados/acusados como "clientes", "llevados al acto", "manipulados", "utilizados", evalúan su asistencia a esas reuniones públicas.

Actos como "demostración de gratitud", como "colaboración"

A pesar de que ninguno de quienes obtuvieron un trabajo o algún favor especial por medio de la decisiva intervención del puntero peronista admitiría que le fue requerido algo a cambio de lo que recibió, es posible detectar una asociación más sutil. Específicamente, el "cliente" se siente compelido a asistir al acto, pero no entiende esta asistencia como una obligación recíproca que se realiza a cambio del trabajo obtenido o del favor realizado.

Lucina era la empleada doméstica de Matilde hasta que tuvo un ataque de presión. Dejó su trabajo y obtuvo una pensión de 110 pesos por medio de Matilde quien, en ese momento, era la di-

rectora de Acción Social de la municipalidad. En la actualidad, Lucina está tomando medicamentos muy caros para su enfermedad, medicamentos provistos por Matilde. Su médico, del Hospital Evita, es un amigo de Matilde y, por tanto, "me atiende muy bien". El marido de Lucina es empleado en la municipalidad, en un trabajo que, no hace falta decirlo, obtuvo a través de Matilde.

Lucina: -Por ahí para los actos, sí... [Matilde les pide algo], pero no se fija si alguien a quien le dio un remedio va al acto o no va. Algunas veces les promete una bolsa de mercadería a la gente que va al acto.

Mónica (manzanera del Plan Vida) acuerda; Matilde nunca les pide explícitamente que vayan a los actos a cambio de lo que reciben "de ella" (en su caso, medicamentos y comida).

Yo a veces las [se refiere a las beneficiarias del Plan Vida] invito a los actos, algunas van, algunas no, pero yo no las obligo, y ella [Matilde] tampoco me dice que tengo que llevar veinte personas... de todas las que tengo, van cinco o seis, pero van porque ellas quieren, porque yo las invito. Ellas piensan: "Bueno, vamos a agradecer lo que nos da", y la gente acá, yo les hablo de Matilde, y la aprecian mucho. Yo a veces les digo que vayan y le pidan los remedios a Matilde, si los tiene, les va a dar. Y si no va a tratar de conseguir o les va a decir dónde hay que ir a buscarlos.

Ninguno de aquellos que son señalados -y estigmatizados- por los vecinos y por actores de fuera el barrio como "manipulados" diría que va a los actos porque recibe cosas. Ellos explicitan su asistencia en términos de *colaboración* o *gratitud*.

Rosa obtiene los extremadamente caros medicamentos para su padre a través de Juancito. También consiguió sus lentes mediante la intervención del puntero en la Secretaría de Bienestar Social del municipio. En referencia a su habitual participación en los actos peronistas, dice: "Yo tengo que cumplir con él. Si mi presencia le sirve, allí estoy... *Es mi forma de agradecerle*".

Coca es parte del equipo permanente de la unidad básica de Juancito. Algunas veces obtiene un bono de parte de Juancito para retirar mercadería en la municipalidad, y recibe leche de la unidad básica para su hijo. Abiertamente admite que hay distribución de comida antes y después de los actos, pero no está de acuerdo con que ésa sea la causa de su asistencia:

Juancito, un suponer, nosotros vamos al acto, el hecho de haber ido al acto, después a la semana o a los tres días, él trae

mercadería de la municipalidad y le da a esa gente que fue al acto como agradecimiento de que fue al acto, le da esa mercadería, le da un kilo de cada cosa, son nueve cosas que le da. Así cada vez que va al acto, o si no compra chorizos, hace *sánguches*, les da *sánguches*, esas cosas. Yo tengo entendido que como lo apoyaron, como se lo apoya a él, entonces él lo hace... yo lo tengo entendido como agradecimiento, no creo que sea por comprar a la gente, porque yo tengo entendido como agradecimiento...¹⁰

La gratitud va sin palabras, porque viene -casi siempre- sin palabras. La gente que recibe cosas *sabe* que tiene que ir; es parte de un universo en el que los favores cotidianos implican alguna devolución como una regla de juego, regla entendida como un "esquema inmanente a la práctica" (Bourdieu, 1977), como un mandato que existe en estado práctico. En la medida en que las relaciones entre detentadores de problemas y "resolvedores" de problemas son relaciones prácticas -al ser practicadas y cultivadas de manera rutinaria-, la asistencia a los actos es parte de un "stock de conocimiento práctico". Mientras conversaba con Coca -y pretendiendo que no entendía lo que me estaba diciendo (o probablemente, no entendiéndolo)- le pregunté:

E.: -Entonces usted va y le pide un medicamento a Matilde. Y Matilde se lo consigue. Después pasa un mes y hay un acto. ¿Matilde viene y le dice "usted tiene que venir conmigo"?

Coca: -No, yo ya sé que tengo que ir con el acto de ella en vez de con el acto del otro. Porque ella me dio un remedio, o me dio una leche, o un paquete de yerba o un kilo de azúcar. Yo sé que tengo que ir al acto de ella para cumplir con ella, en agradecimiento con ella. Porque si yo no voy al acto de ella y voy a otro acto, después cuando yo necesito una leche no me la da. "Andá con el que fuiste al acto."

La hija de Adela, Mariana, me cuenta lo mal que la estaban pasando cuando su padre fue despedido del trabajo y su hermana había perdido su empleo de tiempo parcial.

10. Si lo analizamos con detenimiento, lo que dice puede ser tomado como una clara distinción entre el "intercambio de cosas" y el principio generador de las acciones de los clientes. La gran mayoría de las descripciones que oscilan entre lo académico y lo periodístico normalmente confunden ambos elementos. Sin embargo, si le hemos de creer a Coca, las cosas que circulan antes y después de los actos no deben ser tomadas como las razones de la asistencia; lo que dice nos advierte contra un error bastante generalizado: no podemos tomar el flujo que circula dentro de la red como una explicación de las disposiciones y representaciones de los actores.

Mariana: -Lo que pasa que no teníamos recursos acá, estábamos muy mal. Entonces mamá fue a buscar un apoyo en Matilde, y Matilde la ayudó mucho. Tanto con mercaderías como con el trabajo a Telma [su hermana]. Por eso mi mamá en cuanto puede de ayudar, en cuanto puede estar, siempre está con Matilde...

E.: -¿Y ayudar en qué sentido a Matilde?

Mariana: -Y yendo a algún acto, porque Matilde siempre necesita gente. O cuando ella organiza algún festival, ir y ayudarla a organizarlo.

"Colaboración" con los mediadores, "expresión de gratitud" por su "sacrificado trabajo", el acto es también visto como participación "espontánea", como una oportunidad para evadir lo opresivo y cansador de la vida cotidiana en la villa. Ruli y su vecina me dicen que van a los actos como una "distracción":

Ruli: -Estamos todo el día adentro de la casa, y no podemos ir a ningún lado... entonces cuando hay un acto, nos subimos al bondi, y nos vamos al parque, nos distraemos...

Vecina: -Nos distraemos, pero no nos preguntés qué pasó en el acto, porque no entendemos nada, ésa es la verdad [riéndose]... Nos divertimos, porque si no, ¿dónde vamos a ir?

En el contexto de la violencia y de un ambiente sofocante y opresivo, el entretenimiento que da un acto no puede ser subestimado. Sólo un punto de vista distante y retirado puede dejar de ver el hecho de que muchos de quienes asisten a los actos no tienen usualmente "tiempo libre". La privación material extrema en la que su vida cotidiana se sucede nos puede ayudar a entender el sentido de "un viaje gratis". En un espacio en el que un peso es mucho, un viaje gratis al centro de la ciudad para toda la familia -aproximadamente ocho pesos- es increíblemente significativo, no sólo en términos materiales sino simbólicos, como lo ilustra Juana. Quizá su caso sea extremo, pero vale la pena mencionarlo como un ejemplo del entretenimiento que un acto puede provocar en contextos de privación. En el verano de 1989 asistió al lanzamiento de la campaña de Carlos S. Menem en Mar del Plata. Era la primera vez que Juana (en ese entonces tenía treinta y cuatro años) veía el mar. El partido pagó por el viaje y se alojaron en el hotel de la Unión Tranviarios Automotores, en donde -Juana resaltó- "hasta había agua caliente, no me puedo quejar...". Gracias al partido Juana vio el mar y estuvo en un hotel con agua caliente.

La literatura sobre clientelismo político y muchas de las descripciones periodísticas sobre el tema se preocupan por los determinantes negativos -privación económica, falta de cultura cívica,

persistencia de la cultura de la dependencia- que supuestamente pondrían a los pobres bajo la égida de la política clientelar. Si bien los diversos significados que tienen los actos para la gente que participa en ellos deben ser interpretados en el contexto de privación material y aislamiento social que tiñe la realidad de los habitantes de la villa, la "atracción positiva" que este universo social específico tiene no debe ser subestimada. Si bien no es el único sentido, el carácter distractivo del acto debe ser pensado cuando tomamos en consideración el punto de vista de los participantes. Como dice Ruli, "vamos a los actos para divertirnos, realmente nos divertimos". O como insiste Juana: "Vi el mar... es tan lindo". Si nosotros -gente que no vivimos ni trabajamos allí- hemos de *entender* lo que Juana está diciendo -esto es, imaginarnos en el lugar en el que ella está y tomar su punto de vista, comprender que si estuviésemos en sus zapatos "indudablemente seríamos y pensaríamos como ella" (Bourdieu, 1996: 34)- no podemos dejar de ver este aparentemente superficial aspecto: ella -una mujer de cuarenta y un años, sin trabajo estable, con un marido que acaba de perder el suyo, y con una niña minusválida- vio la inmensidad del mar y se alojó en un hotel con agua caliente. ¿Puede realmente quejarse? ¿No tiene que estar agradecida hacia quien la invitó?

La atracción positiva no está limitada al día del acto. Aquellos que han obtenido un trabajo municipal mediante la decisiva influencia de "su referente" creen que la asistencia a los actos es un elemento importante en el largo proceso por el cual demuestran su fe en el mediador. De esta manera exhiben su lealtad, su disponibilidad, su responsabilidad; características que -creen- los hacen merecedores de un puesto municipal. En este sentido, la asistencia a los actos provee información sobre las responsabilidades que se tienen hacia un mediador (y las responsabilidades de éste/a para con sus seguidores). En tanto tal, el acto es un "ritual", esto es, una oportunidad para declarar las intenciones de los seguidores y los mediadores y para evaluar las intenciones de cada uno.

Alfonsina está a cargo de la distribución de leche del Plan Promin, en la unidad básica de Juancito. Obtuvo su trabajo de empleada de limpieza en una escuela primaria a través de "su referente":

Alfonsina: -Cuando hay un acto, nosotros [la gente del partido] colaboramos como podemos... entonces, por ahí uno puede conseguir un trabajo, pero hay que ser paciente....

E.: -Y usted fue paciente...

Alfonsina: -Sí, yo fui paciente, y con paciencia lo conseguí....

Desde un punto de vista alejado, el acto es visto como un producto de las cosas que se dan y los agentes que asisten, como sujetos pavlovianos que responden mecánicamente a incentivos materiales. Si tomamos en serio el punto de vista de los clientes vemos que el acto -sea conceptualizado como colaboración, como expresión de gratitud o como ocasión para pasarla bien- no es un evento extraordinario sino parte de la resolución rutinaria de problemas. No es una *addenda* al acto de resolver un problema, de obtener una medicina o un paquete de comida o -en el mejor de los casos- un puesto público, sino un elemento dentro de una red de relaciones cotidianas. Ciertamente, uno de los resultados constitutivos de esta red de resolución de problemas es la asistencia a los actos. Pero entender esta asistencia masiva como un mero producto de la distribución personalizada de bienes y favores es una "distorsión que se acerca al desfiguramiento", semejante a la que reduce el boxeo a la agresión física (Wacquant, 1995b). Esta distorsión reduce una actividad compleja a uno solo de sus aspectos, normalmente el más llamativo y cuestionable para aquellos que no son parte de la misma.

Nuestros amigos, los sacrificados punteros

Para quienes evalúan los actos públicos como una colaboración o una expresión de gratitud, los mediadores no son los políticos inescrupulosos y corruptos de los que hablan otros vecinos -y buena parte del resto de la sociedad-. Son gente "buena", "que ayuda", "que se sacrifica", con las que los detentadores de problemas tienen una relación personal, una relación que a veces es descrita como "amistad", pero siempre expresada como valiosa y digna de ser conservada.

Si bien Juancito no es responsabilizado por la distribución de marihuana y vino entre los jóvenes del barrio -como sí lo es Matilde-, ambos son vistos por varios vecinos como "utilizando a la gente" y, por tanto, como "malos y corruptos" políticos que "juegan su propio juego". Aquellos que ven los actos como manipulación, como "uso de la gente", tienen -no hace falta decirlo- una evaluación negativa de los punteros. Son vistos como los responsables de la limitada cantidad de recursos que los programas de asistencia social distribuyen en el barrio ("siempre se quedan lo mejor para ellos"), y siempre imputados por "engañar a la gente" y como políticos que sólo piensan en su propia manera de ascender en la jerarquía política.

Esta visión contrasta con la que tienen aquellos que resuelven buena parte de sus problemas cotidianos mediante la intervención

del referente. Rosa describe lo "excelente persona" que es Juancito Pisuti:

La manera en que se ocupa de la gente, es un ser humano excepcional.... Él sufre, porque los que van ahí [a la unidad básica] no se van a ir con las manos vacías. Tiene una solución para todos. Asesora a la gente... de buena voluntad. Mucha gente le pide dinero, y él usa su propio dinero. Nunca les dice que no tiene plata.

De acuerdo con Marta, él también es "muy responsable, siempre que hay una cena en la unidad básica, Juancito les dice a los hombres de la unidad básica que acompañen a las mujeres a sus casas". Alfonsina acuerda con Marta, "todo el mundo aprecia a Juancito. Siempre dispuesto a servir. Le gusta ayudar a la gente. Es muy paciente". Carlitos, por su parte, cree que "Juancito se sacrifica por la gente de la villa".

"Sacrificado", "servicial", son los mismos términos que utiliza otra gente para hablar de Matilde. Ella es "es la dirigente política más importante del barrio", "siempre dispuesta a ayudar", "accesible", "muy amiga".

El acuerdo más importante que se puede detectar entre quienes tienen una opinión positiva de "sus referentes" es que ellos son vistos como *personalmente responsables por la distribución de bienes*. La organización que confiere una pensión, ofrece un trabajo, da una medicina o una bolsa de alimentos, no es el Estado nacional, provincial o local sino Juancito o Matilde. Ellos son los que "verdaderamente se preocupan", que sienten algo por ellos, que son sus amigos y que —como buenos amigos— están siempre accesibles y dispuestos a ayudar. Cientos de páginas de transcripciones de entrevistas y de notas de campo testifican un hecho simple aunque fundamental: el Estado no es percibido como el agente distribuidor de bienes, sino que son Matilde o Juancito. Y al ser ellos los que distribuyen los bienes, son vistos como sin ninguna obligación de hacerlo; lo hacen porque quieren, porque les importa, porque "se sacrifican por la gente". Como me decía un joven parte del círculo íntimo de Matilde:

La gente se piensa que es obligación de ella, y no es obligación, lo hace porque ella quiere. ¿Qué obligación tiene? ¿Qué es? ¿Tú vieja? Se confunde mucho la gente, en una palabra. Vos le hacés un favor, y parece que fuera obligación. Y es un favor.

Y dado que ella posee la voluntad de distribuir bienes sin tener ninguna obligación de hacerlo, el beneficiario no puede invo-

car ningún derecho sobre la cosa otorgada o el favor realizado. No hay una "tercera parte" a la cual uno puede recurrir para hacer valer el reclamo (lo que podría constituir un "derecho") sino una relación personalizada fuera de la cual nada se puede obtener, ningún problema puede resolverse.

La política "útil", cotidiana resolución de problemas, o la política como "sucía", ocasional

No trabajo, hago política.

Una calcomanía en un viejo auto de Villa Paraíso

No es una observación novedosa sostener que la política partidaria es percibida como una actividad extremadamente alejada de las preocupaciones cotidianas de la gente. Es vista como actividad "sucía", que aparece cuando se acercan los tiempos electorales y desaparece rápidamente en el oscuro reino de las promesas incumplidas.¹¹ Muchos vecinos comentan sobre este carácter ocasional y corrupto de la política de los partidos. Como vimos, la asociación entre la asistencia a los actos y la distribución de drogas y alcohol es una expresión de este descontento con los políticos y con la política en general.

La idea de que hay un "tiempo de política" es también un fuerte sentimiento entre mucha gente de Villa Paraíso. Algunos creen que hay un "tiempo de elecciones" en donde las demandas pueden ser rápidamente satisfechas y los bienes prontamente obtenidos porque los políticos quieren conseguir sus votos.¹² Como en muchos otros lugares de Latinoamérica, el tiempo de la política es visto como algo que ocurre una vez cada tanto, algo que rompe con la rutina de la vida cotidiana en el barrio.

11. Otros trabajos (Kuasñosky y Szulik, 1996; Auyero, 1992) han mostrado que, en muchos barrios pobres del Conurbano Bonaerense, la política es experimentada como algo distante, vinculado al engaño y a la desilusión, especialmente entre los jóvenes. La distribución de drogas realizada por políticos locales entre grupos juveniles en barrios pobres es bastante generalizada (véase, por ejemplo, Kuasñosky y Szulik, 1996). La participación en actos políticos y en barras bravas de equipos de fútbol es una fuente más o menos segura, más o menos gratis, de acceso a drogas y alcohol para muchos jóvenes.

12. A pesar de que no coincido con su manera de entender la práctica clientelar peronista, Powers (1995) brinda evidencia adicional sobre la distribución de bienes como medio para "comprar votos".

Rogelio, presidente de una de las pocas asociaciones barriales, me dice: "Matilde aparece en tiempos de política, cuando hay elecciones. Ahí es cuando vienen los políticos...". Hugo, presidente de un club de fútbol del barrio, acuerda: "Si querés conseguir algo [refiriéndose a las cloacas], tenés que esperar a las elecciones. Ahí podés pedir algo... damos tantos votos que podemos tener algo a cambio". Esta creencia de que los "tiempos electorales" constituyen una oportunidad para resolver problemas está anclada en sus propias experiencias. Tanto Rogelio como Hugo obtuvieron ayuda en sus respectivas organizaciones durante las elecciones de 1995 y 1997. "Por medio de la política", me dice Hugo, "conseguimos el terreno para el club... Ahora necesitamos los ladrillos, así que vamos a tener que esperar a las próximas elecciones".

Sea restringida a los tiempos electorales o limitada a los múltiples días de los actos, la política es vista como una actividad discontinua. Toni resume el carácter intermitente que la política adquiere en la villa: "Cada vez que hay un acto o una elección, ellos [la gente de la unidad básica] reparten comida". Cuando la política es vista como discontinua es también percibida como "sucía" y "corrupta". Es un "buen negocio", "una oportunidad para subir", es "engañosa", "manipuladora" y distante.

Como dije antes, esto no es una observación novedosa. Sin embargo, si uno se toma el trabajo de mirar más de cerca, como recomendaba White (1971) en su estudio sobre la "sociedad de la esquina", dentro del mismo barrio de relegación, e incluso entre gente que vive en la misma manzana y que comparte las mismas categorías sociológicas, hay evaluaciones sobre la política llamativamente distintas. Casi todos comparten la idea de que la política es "algo que yo no hago" y, por implicancia, que "otros hacen"; a veces se insiste en que "no entiendo ni mierda". Todos acuerdan en que la política es un universo con sus propias reglas y que puede servir para mejorar la propia posición sin tomar en cuenta el bien común. Sin embargo, algunos enfatizan otros aspectos que vale la pena explorar.

Algunos vecinos aprecian el trabajo que los mediadores y la municipalidad hacen por el barrio, no sólo con la distribución de comida sino también con las "chapas y con los colchones". "Hay mucha ayuda... la municipalidad siempre tiene una respuesta, no sólo con la comida. Si uno necesita una chapa, te la dan... En una unidad básica, solían dar leche con un pedazo de pan. Acá hay un montón de ayuda, el que dice que no hay ayuda, está mintiendo... Lo que pasa es que hay que ir y esperar, todo tiene su tiempo".

E.: -Algunos vecinos me dicen que la ayuda viene más rápido en tiempos de elecciones...

Vecino: -No, no creo...

Vecino: -Desde mi punto de vista, siempre es la misma...

Así como se percibe la permanente accesibilidad a los punteros del partido peronista, alguna gente no cree que la ayuda que viene de los políticos aumente en períodos de elecciones; la asistencia es un asunto cotidiano y personalizado.

Probablemente sean estos dos diálogos los que mejor grafiquen el carácter constante de la política local y la relación inmediata que alguna gente tiene con los políticos barriales. Nélide recibe los remedios para su hemiplejía de parte de Juancito:

E.: -¿A quién llama cuando necesitan el camión del agua?

Nélide: -Busco a Juancito...

E.: -¿Y cuando necesita algún trámite en la municipalidad?

Nélide: -Juancito... Juancito... [sonriendo]

E.: -¿Cómo entró al Plan Vida?

Nélide: -[riendo] Juancito me anotó...

E.: ¿Y en el Plan País?

Nélide: -Nos anotamos en la esquina...

E.: -¿A través de Juan?

Nélide: -...Siempre Juancito... Juancito está siempre en el medio...

Adela, cuya hija y marido consiguieron trabajos a través de Matilde, comenta:

E.: -¿Qué es lo que hace la gente cuando necesita un remedio?

Adela: -La mando a lo de Matilde... porque están ahí en las tardes...

Hija: -Sí, Matilde también ayuda...

Adela: -Acá recurrimos a ella....

Hija: -Matilde es como una pequeña municipalidad, todo el mundo va ahí...

E.: -¿Hay algún lugar en donde se distribuye leche en polvo?

Alfonsina: -¡En lo de Matilde! [riéndose].

Esta percepción de la política coincide -aunque de manera imperfecta- con una cierta narrativa de la historia de la villa. Aquellos que ven la política como un asunto cotidiano, como una constante resolución de problemas y que perciben a los mediadores como gente accesible, siempre dispuesta a ayudar, van a acentuar la presencia del Estado -personificado en el intendente o en un puntero- en su versión de la historia barrial. Por el contrario, aquellos

que, como vimos, perciben la política y a los mediadores como algo sucio, como corruptos e inescrupulosos, van a poner el énfasis en la acción colectiva de los vecinos en el mejoramiento del barrio.

*La narrativa estatal del barrio versus la versión épica.
¿Estamos hablando del mismo asfalto?*

Uno de los objetivos primarios de mi investigación en Villa Paraíso era reconstruir la historia de la resolución de problemas en un territorio de relegación urbana en el Gran Buenos Aires, con el propósito de ilustrar la creciente relevancia de los arreglos clientelares en la manera en que los pobres satisfacen sus necesidades más inmediatas. Con ese fin en mente, comencé a prestar especial atención a las historias que la gente me contaba sobre el barrio y sobre su historia en él. Estaba a la búsqueda de regularidades en las maneras como la gente había ido resolviendo sus problemas en la historia unitaria de un barrio autoconstruido. Luego de un tiempo de aferrarme caprichosamente a la idea de que "tiene que haber una historia de este lugar", me encontré leyendo testimonios de gente que me contaba que el mismo asfalto había sido construido por distinta gente, o que el barrio "había mejorado mucho" debido a acciones diferentes. Puede sonar obvio a esta altura, pero durante los primeros meses de mi trabajo de campo no fue muy tranquilizador encontrar que lo que yo estaba buscando no estaba ahí. A pesar de que la ansiedad que provocó la digresión fue, en cierto punto, difícil de manejar, lo que encontré resultó ser bastante más interesante: distintas narrativas de los mismos eventos.

De acuerdo con muchos vecinos, la villa mejoró mucho durante la última década, básicamente debido al asfaltado de las calles. Antes, una corta lluvia podía convertir a toda la villa en una pesadilla de barro. Sin embargo, a pesar de que todo el mundo acuerda en que "el asfalto hace una gran diferencia", hay —al menos— dos repertorios de historias disponibles para contar "la historia del asfalto". Una historia acentúa la organización colectiva del barrio, el cual, según se cuenta, por vez primera "se juntó".

El asfalto lo hicieron los vecinos, organizamos campeonatos de fútbol, vendíamos chorizos y empanadas, y juntamos dinero... y la municipalidad nos cobró para hacerlo. Todo el barrio estaba unido. (Roberto)

No sólo cambió el barrio debido al asfalto; en la versión extrema de la historia de la acción colectiva, este último implicó una importantísima experiencia organizativa. En esta versión, el asfal-

to significó un aumento en el nivel de "conciencia política" de los villeros. Otros enfatizan el rol jugado por la organización a la que pertenecían en ese momento:

El asfalto fue posible gracias a la organización de la iglesia. Los vecinos organizaron rifas, ferias del plato, festivales, campeonatos de fútbol. Juntamos la plata y fuimos a la municipalidad. Así es como se asfaltó Villa Paraíso. (Pedro)

Nótese que ninguno pasa por alto el rol jugado por la municipalidad en el logro del asfalto, pero el énfasis está puesto en la organización colectiva de los vecinos en la prosecución de un objetivo común. Esta versión "épica" también acentúa la acción conjunta de los vecinos en la construcción de la cloaca y en el centro de salud.

Sin embargo, mirando más de cerca, nos daremos cuenta de que esta "versión épica" no es la única.

E.: —¿Cómo se construyó el asfalto? ¿Lo hicieron los vecinos?
Coco: —No, lo hizo la municipalidad. Todo lo hizo la municipalidad...

Un lector suspicaz podría pensar que estamos hablando de distintos sectores de la misma villa, pero la mayoría de los testimonios que hablan del asfalto fueron recolectados de gente que vive en la misma cuadra. Así como hay versiones antagónicas sobre los mediadores y sobre la política, hay también distintas maneras de referirse al mismo asfalto y a la misma cloaca. Si bien las historias no difieren por completo —después de todo, están hablando del mismo asfalto "material"—, los acentos, los énfasis, están puestos en diversos momentos.

La narrativa "estatista" del barrio pone al intendente (o a algún mediador político) como protagonista principal en la mejora del hábitat. Dice Cristina:

El intendente construyó el centro de salud, asfaltó las calles... hizo mucho por el barrio. Intentó mejorarlo... Siempre tuvimos ayuda del intendente... Vamos a verlo cuando necesitamos algo y, tarde o temprano, tenemos respuesta. El barrio mejoró mucho y mucha gente le agradece a Rolo [el intendente]... Él mandó las máquinas para hacer el asfalto...

El presidente de la sociedad de fomento me cuenta que fue él junto a otros vecinos quienes comenzaron "la lucha" para construir el centro de salud, "presionando al intendente". "Ellos" construyeron el lugar, "ellos" lo pintaron, "ellos" consiguieron el primer

médico. Lucina, quien vive a una cuadra del presidente, tiene otra versión del mismo centro de salud.

Matilde fue la que empezó con lo del centro en la sociedad de fomento; ella trajo a la primera enfermera y la primera mesa. El presidente de la sociedad estaba a cargo, pero ella era la que le daba una mano siempre.

Es una cuestión de acentos, por supuesto, pero las diferencias difícilmente puedan pasarse por alto. Las historias "épicas" y "estatistas" se refieren al mismo lugar, a las mismas mejoras, pero lo hacen dando el lugar central a distintos protagonistas. Aquellos que recuentan la versión "estatista" son los que perciben la política como algo útil, una actividad continua. La presencia constante de los políticos en la resolución cotidiana de los problemas coincide con una narrativa que otorga un lugar central a esos mismos actores. Probablemente sea Josefa quien mejor sintetice la complicidad entre la "política útil" y "la historia estatista de la villa":

La política nos ayudó un montón... Yo mejoré mi casa gracias a la política, construí los desagües y la cloaca de casa gracias a la política. El asfalto se hizo gracias a la política, lo hizo el intendente... La municipalidad ayuda mucho, la política ayuda mucho. Cuando necesitamos agua potable, siempre están.

Por otro lado, los que enfatizan el esfuerzo colectivo son aquellos a los que la política les disgusta y que sienten aversión por los políticos locales. Como grafica el presidente de la sociedad de fomento (quien, de acuerdo con su propia versión, fue el protagonista en la construcción del centro de salud) cuando, vinculando implícitamente a Matilde con la distribución de drogas en la villa, asegura "la política de Matilde es sucia".

¿DE DÓNDE PROVIENEN LAS DIFERENCIAS?

-Ya te he dicho, Sancho -respondió don Quijote-, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.

M. DE CERVANTES SAAVEDRA,
El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

¿De dónde proviene esta rica variedad de narrativas, percepciones y evaluaciones? Los testimonios citados en este trabajo pertenecen a gente de la misma clase social y de aproximadamente la

misma edad. Son hombres y mujeres que viven en el mismo espacio de destitución y estigmatización; algunos de ellos -con visiones completamente diferentes- viven a media cuadra uno del otro. Comparten los mismos atributos y tienen distintas (a veces antagónicas) experiencias de la política, diversas evaluaciones sobre las (apreciadas o condenadas) acciones de los mediadores políticos y diferentes visiones sobre la historia del barrio.

Para los propósitos estadísticos son la misma gente, habitando en el mismo barrio pobre. Casi todos viven debajo de la misma línea oficial de pobreza. Con sus llamativamente diferentes opiniones y evaluaciones, desafían todos los intentos clasificatorios que relacionan categorías sociológicas con creencias, actitudes, y/o percepciones. En otras palabras, una vez que miramos más de cerca, la misma "gente pobre", viviendo en el mismo lugar, tiene diversos "puntos de vista".

El mero hecho de que existan distintos puntos de vista provenientes de lugares sociales similares nos conduce hacia una obvia conclusión: estos puntos de vista no tienen estabilidad si los vinculamos con categorías sociológicas. Podríamos detenernos aquí -como hacen muchos intentos por recuperar la "perspectiva del actor"- y transformar lo que necesita ser explicado en una mera recolección de "voces". Sin embargo, a pesar de ser imperfecta, existe una regularidad en estos puntos de vista, regularidad que está enraizada no en categorías sino en lo que Sommers denomina "relational settings", en la "ubicación estructural" (Wacquant, 1995b) en la cual están ancladas estas voces. La anarquía de las voces, evaluaciones y las narrativas son sólo aparentes: *estos puntos de vista son vistas que se tienen desde algún punto.*

Como mencionara antes, las redes de resolución de problemas consisten en una serie de círculos concéntricos que rodean al mediador, el centro. Los diferentes círculos constan de grupos de actores que tienen distinto acceso a los bienes y servicios distribuidos por el puntero. Como vimos, alguna gente recibe de su referente medicinas diariamente. Otros han obtenido sus trabajos gracias a ellos. Otros reciben paquetes de comida. Algunos tiene acceso rutinario a sus punteros. Otros tienen con ellos relaciones ocasionales. Otros ni siquiera los conocen. Tenemos, entonces, diferentes grados de contacto con el mediador: un continuo que va desde relaciones cotidianas (y, a veces, vitales) a relaciones intermitentes, a ausencia de relación alguna.

Basándome en el modelo de la "polity" de Tilly (1978) (que define al mediador como el centro local de poder) y en la noción de Bourdieu (1977) de experiencia dóxica (como el reconocimiento de la legitimidad de un orden social mediante el *missrecognition* -reconocimiento equívoco- de su arbitrariedad), podemos formular la

siguiente hipótesis que explica parte de la diversidad encontrada en las secciones anteriores: cuanto más cerca se está del mediador, la narrativa que explica las acciones del mediador se acerca a aquella propuesta por el centro de poder (la política implica el cuidado de los pobres); cuanto más cerca se está del mediador, la historia del barrio será relatada en términos de la influencia decisiva del Estado –personificado por el mediador o el intendente–. Dada su identidad de “protegido” por el mediador, y su “identidad narrativa” en tanto vecinos que viven en un barrio que fue “hecho por la política”: cuanto más cerca se está del referente, menos se percibirá la arbitrariedad del orden de la mediación política.

Para quienes están cerca del mediador –en términos de contactos personales, del tipo de favor recibido, de la duración de la relación– Matilde o Juancito constituyen, en términos de Schutz, su “paramount reality”. Son parte de su mundo de sentido común. Como vimos en el caso de Nélica y Adela, algunos actores tienen a sus “referentes” “en la punta de la lengua” cada vez que hablan de sus maneras de resolver problemas. El círculo íntimo del mediador es, parafraseando el brillante análisis de Schutz sobre el “mundo de verdad” creado en la interacción entre Don Quijote y Sancho Panza, un “subuniverso” de discurso común. Establecido, mantenido y cultivado en la interacción entre detentadores de problemas y “resolvedores” de problemas, ambos tienen “buenas razones para desechar las discrepancias” (Schutz, 1964: 143). Dentro de esta “provincia de sentido”, la política es útil, los actos son una colaboración o una demostración de gratitud, los mediadores “realmente se preocupan” y la historia del barrio los tiene a ellos como protagonistas principales. Dentro del círculo íntimo, existe una “aceptación indisputada” (doxa) de la resolución de problemas mediante la intervención política.

La identidad –la experiencia de una relación social compartida (Tilly, 1995)– que se forja alrededor de los centros de poder (dentro del círculo íntimo) no presenta ni una resistencia activa ni críticas sutiles u ocultas (lo que Scott [1977a] denominaría “hidden transcripts”). Y, sin embargo, vimos que en la villa hay una resistencia a las prácticas “manipuladoras y clientelares”. Estas (contra)voces se ubican fuera de estos círculos íntimos y, normalmente, toman la forma de una queja por los escasos recursos que entregan los mediadores. “Ellos le dan comida a quien quieren”, “Juancito reparte de vez en cuando”, “nunca cumplen las promesas”, “se quedan con la mejor parte”: éstas son las quejas más comunes; reproches de gente que está desconectada de la red. En otras palabras, las protestas más usuales se refieren a los *cómo* de las acciones de los mediadores. Infrecuentemente podemos detec-

tar voces que ponen en duda los derechos que estos mediadores tienen de convertirse en los intermediarios personales entre los residentes de Villa Paraiso y el Estado local, los *qué* de sus acciones.

CODA: RECONSIDERANDO EL “CLIENTELISMO”

Como señala buena parte de la literatura sobre clientelismo, la “confianza” (Roniger, 1990), la “solidaridad”, las “esperanzas” (Ayata, 1997), las “orientaciones familísticas” (Tellis Novak, 1983), y/o la “reciprocidad” (Gouldner, 1977; Scott, 1977a) existen en las relaciones que se establecen entre mediadores y clientes. Son verbalizadas tanto por los “clientes” como por los referentes de manera constante. Son permanentemente enfatizadas en los discursos públicos de los punteros. Como estudié en otro trabajo (1997), los mediadores del Partido Justicialista presentan su función de guardabarreras como una relación especial que ellos tienen con los pobres, como una relación de deuda y obligación, en términos de un especial cuidado que les tienen, del “amor que [por ellos] sienten”. Para Juancito y Matilde, la mediación no es un trabajo sino “una pasión por la gente”; lo suyo es todo “sacrificio” hasta quedar exhaustos en el cargo. “Nosotros nos ocupamos de ellos”, dicen los mediadores. “Ellos [los mediadores] se ocupan de nosotros”, dicen algunos de los clientes. “Ellos sólo se preocupan de ellos”, dicen quienes están fuera de la red.

Sin embargo, como “la verdad de la interacción no está nunca contenida en su totalidad en la interacción misma” (Bourdieu, 1977: 81), debemos mirar más de cerca el énfasis discursivo en la “confianza”, “solidaridad”, “reciprocidad”, “cuidado”. En la medida en que la resolución de problemas (intercambios materiales y simbólicos en los que una cosa es dada, un favor otorgado y un mensaje es comunicado) se inclina a legitimar un estado de las cosas *de facto* –un balance de poder desigual–, podemos describir esas “soluciones”, siguiendo a Bourdieu, como *máquinas ideológicas*. El acto de dar, las acciones “sacrificadas y preocupadas” de los mediadores, transforman –o intentan transformar– una relación social contingente –la ayuda a alguien que necesita– en una relación *reconocida* –acreditada como duradera: resolvemos un problema y, al mismo tiempo, reconocemos a Matilde o Juancito como *nuestro* “resolvedor” de problemas. Este reconocimiento está en la base de la resolución de problemas mediante la intermediación política. Dentro de un ambiente ideológico de cooperación, compañerismo y solidaridad, se construyen lazos que con-

gelan un determinado balance de fuerzas: cuanto más participa un grupo de actores como miembros de la "polity", más comparte la ideología de "cuidado por los pobres", de "ayuda social", propuesta por los referentes y, a su vez, tendrán una relación dóxica con respecto al lazo que los une al mediador en una relación asimétrica. Dar, de acuerdo con Bourdieu, termina siendo también una "manera de poseer".

Sin duda, la aceptación no discutida del mundo de la resolución de problemas a través de la mediación política constituye la fortaleza de la posición de los mediadores —en última instancia es la expresión de su legitimidad—. Sin embargo, al mismo tiempo, representa su mayor debilidad. La experiencia dóxica es producto de una relación cercana, cotidiana, fuerte, entre el "resolvedor" y el detentador de problemas, una relación que debe ser constantemente sostenida y practicada. Este trabajo de mantenimiento de la relación depende de la capacidad que el mediador tenga para sostener la fortaleza del lazo, algo que —aunque no exclusivamente— depende de su capacidad de "cumplir". Esta capacidad es *limitada* y *dependiente* de otros factores: *limitada* porque el referente puede conseguir trabajos o remedios, realizar un favor "esencial" o asistir a alguien como si fuese parte de su familia, a una cantidad restringida de gente; *dependiente* de la relación que el mediador establezca con terceras partes (el intendente, en este caso) que le da los bienes para distribuir.

Para el caso que analicé entonces, la imagen de un electorado extenso y cautivo es empíricamente incorrecta. La cantidad de gente que está —casi literalmente— "atada" a los mediadores —porque los aceptan "naturalmente"— no incluye a más de cien personas (en el caso de Matilde, la referente más poderosa en Villa Paraiso), en una población de más de siete mil votantes. Si bien significativo, esto difícilmente pueda dar cuenta de la "conquista del voto" y de la "creación del consenso electoral" que usualmente se le atribuye al clientelismo. Si hemos de usar el concepto, debemos restringirlo al círculo íntimo de experiencia dóxica. Esto no quiere decir, sin embargo, que el análisis político pueda prescindir del estudio del clientelismo: además de garantizar una cantidad, de alguna manera estable, de votantes (cantidad que puede ser decisiva en elecciones internas, por ejemplo), este tipo de red reproduce la dominación y la desigualdad. Y esta reproducción, si bien no está en los medios de comunicación, es *política* en el sentido fundamental del término.

LOS APOYOS DE BUSSI

Valores domésticos, espacios públicos en el presente tucumano

Alejandro Isla

...el poder silencioso del signo, la innombrada autoridad de un hábito, pueden ser tan efectivos como la coerción más violenta en la formación, dirección e incluso dominación social sobre pensamiento y acción.

JEAN Y JOHN COMAROFF

El triunfo electoral de 1995 que llevó a la gobernación en la Provincia de Tucumán al general Antonio Bussi —acusado de numerosos y graves delitos—¹ actualiza las dificultades de nuestras disciplinas sociales para explicar fenómenos como la violencia y los efectos del terror en el conjunto de la sociedad; más particularmente aún, para entender el papel de la violencia inscrita en los sectores populares; cómo comprender las razones de los apoyos, consentimientos, complicidades que la sociedad, o sectores de ella, brindan a esos personajes. Una de las preguntas clave de nuestro enfoque podría formularse como *qué elementos constitutivos de la subjetividad están jugando de manera no consciente o implícita en las decisiones de apoyar en períodos democráticos a representantes cuyo pasado los relaciona a sangrientas dictaduras en las que tuvieron un rol protagónico.*

Existe una abundante bibliografía sobre el nazismo y sus causas; sobre las relaciones entre "modernidad" y terror. Recientemente un autor ha revuelto nuevamente las aguas de las raíces

1. Secuestro y "desaparición" de personas (más de seiscientos casos denunciados), torturas, saqueos a la propiedad, etc. Violaciones reiteradas de los derechos humanos durante su actuación como responsable de la Brigada de Infantería V (Subzona 32) desde diciembre de 1975 a diciembre de 1977. Primer gobernador militar de la dictadura que se inició el 24 de marzo de 1976, responsable de los organismos militares y de seguridad en la provincia durante todo aquel ominoso período: de 1976 a 1983. Como tantos otros miembros de las fuerzas armadas y de seguridad se benefició por la interrupción de procesos y juicios promovida por las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, que se promulgaron durante el primer gobierno democrático de Raúl Alfonsín, de fines de 1983 a 1989.